

Cuando Ricaurte, sereno,  
Su vida en aras ofrece  
De la Patria, le parece  
Nieto de Guzmán el Bueno.

Cuando Bolívar, el rayo  
De la guerra, desnudó  
Su ardiente espada, creyó  
Ver el alma de Pelayo.

España nos dio su lengua,  
Su sangre, su grande historia,  
Y es su gloria nuestra gloria,  
Y su mengua es nuestra mengua.

Y por fin llegará el día  
En que enlazados estén  
Carabobo con Bailén,  
Ayacucho con Pavía.

RICARDO CARRASQUILLA

Julio de 1883.

## EN HONOR DE PEREDA

De verdadera solemnidad literaria puede calificarse la velada que tuvo lugar el 26 de Abril en el Teatro Español de Madrid, en memoria del maestro de las letras castellanas, D. José María de Pereda, fallecido poco antes en Santander. Tres grandes figuras de nuestra sociedad contemporánea, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, D. Alejandro Pidal y D. Juan Vázquez de Mella, cantaron las glorias, ponderaron las dotes y examinaron la labor meritísima del escritor insigne, del español sin tacha, del católico ferviente, honra y prez de la tierra en que nació.

A las cinco de la tarde alzóse el telón, viéndose en el escenario un magnífico retrato de Pereda orlado de gasas y crespones. Ocupaba la Presidencia el Sr. Menéndez y Pelayo, que tenía á su derecha á D. Alejandro Pidal y á D. Rafael Moreno Gil de Borja, y á su izquierda á los Sres. Vásquez de Mella y Valentín Gamazo.

Dio principio el acto leyendo el Sr. Moreno y Gil de Borja, miembro del Centro de Defensa Social, un elocuente y sentidísimo discurso en que dibujó, con cuatro rasgos, la figura de Pereda; dio las gracias á cuantos habían acudido al llamamiento del Centro organizador de la velada, y expuso los fines de éste, ya conocidos de nuestros lectores. La concurrencia premió con una nutrida salva de aplausos las palabras del ilustre militar.

Seguidamente el gran orador Sr. Pidal leyó un discurso sobre el realismo en las novelas de Pereda, discurso que pasará á la posteridad como un modelo de los de su clase, verdadera obra literaria y crítica en que no se sabe qué admirar más: si la forma galana, correctísima, espléndida, ó el fondo, revelador de los profundos conocimientos y el alto pensar de su inteligencia esclarecida.

Comenzó diciendo que en Pereda sólo había muerto el hombre terrenal, el viador, el cadáver animado con las apariencias externas de la vida. No lloramos—agregaba—al *hombre* que se nos va, cuando tan escasos andan los hombres, sino al *español* serio, grave, reposado, sereno, como lo forjó la cimitarra del moro sobre el arnés de Pelayo, de San Fernando y del Cid en siete siglos de constante martilleo.

Habló después de la tentación de los espíritus mezquinos tocados de la manía de las grandezas, que los lleva á blasfemar de cuanto se adora en el cielo y en la tierra. Pero en vano—decía—vomitan *bombos* sus rotativos: los gárrulos aplausos de la amañada populachería brillan un solo instante nada más, y luego se desvanecen como los fuegos fatuos.

Presentónos á Pereda como personificación de una idea, de un sentimiento y de una institución. Pereda personifica el realismo español, tradicional y castizo de la novela regional; es el Velásquez de nuestras letras, el Cervantes de las peñas y costas de la Montaña, el Alonso Cano de la pluma.

Ese fue—añade—el realismo sano de Pereda. No ese otro realismo desolador, brutal, positivista y ateo que nos pinta en toda su repugnante hediondez las llagas purulentas del héroe escogido con morosa delectación entre las heces del presidio, del burdel ó de la taberna.

Examina después la labor de Pereda como novelista, y hace algunas consideraciones sobre la novela. La novela—dice—es arte bello y trascendental cuando presenta la vida en toda su realidad ideal, ya personificada en Nerón, productor de todas las concupiscencias paganas; ya en Iyanhoe, prototipo del caballero feudal; ya en Guzmán de Alfarache, ejemplar de pícaros andaluces; ya en *Sotileza*, ideal de las flores brotadas en los muladares.

Compara á Pereda con Fernán Caballero, y habla de nuestra regeneración literaria. Entre el realismo de Pereda ó Fernán Caballero y el de Zolá media un abismo: los personajes de aquéllos pugnan por elevarse al cielo, y los de éste sólo ansían revolcarse en su cubil. El regionalismo español—añade—es semejante al del cuerpo humano, cuyos bien combinados miembros, tan diferentes entre sí, constituyen el organismo que piensa con la cabeza, siente con el corazón y ejecuta con sus pies y sus manos.

Leed las páginas chispeantes de la *Puchera* y la *Tierruca*, leed ese canto al mar á que llamamos *Sotileza*, leed esa epopeya del titán de nuestros Picos de Europa con el nombre de *Peñas arriba*, y bajo el detalle vulgar, trivial y hasta chocarrero á veces, sentiréis palpitar el alma española, el alma de la nación, que informa, anima y enlaza toda la variedad de sus hijos.

No hace falta corrompernos con pretexto de regenerarnos. Regenerarse es engendrarse de nuevo á la vida

propia del sér que agoniza por haber perdido su sangre, y la vida y sangre de España, como la vida y sangre de todo sér, hay que tomarla de nuestros padres, que la recibieron de los suyos como herencia sagrada.

El Sr. Pidal fue interrumpido multitud de veces por atronadores aplausos de la concurrencia.

Después de leer D. Honorio Valentín Gamazo varios trozos de las más celebradas novelas del maestro que hoy lloran las letras castellanas, el Sr. Vázquez de Mella pronunció uno de los discursos más grandilocuentes de su vida.

¿Qué he de deciros yo de Pereda—comienza preguntándose,—si está aquí Menéndez Pelayo, ese español insigne, cuyo prodigioso entendimiento abarca tan extensa cultura, que si un nuevo Omar viniese á quemar las bibliotecas, como se salvase el Director de nuestra Biblioteca Nacional, con él se habrían salvado todos los tesoros de las letras que guardan aquellos edificios? ¿Qué he de deciros yo después que habéis oído la elocuencia soberana de Pidal?

Elogia calurosamente el sano realismo de Pereda, y, refiriéndose á los conflictos dramáticos, afirma que pueden resumirse en luchas por el deber ó contra el deber, á lo que, en suma, se reducen todas las tragedias humanas.

Pereda—añade—ni cae en el universalismo que destruye la individualidad, ni llega al individualismo exagerado, que engendra el positivismo en el arte. Pereda quedó en el justo medio, por lo que logró crear *La Puchera*, las *Escenas montaÑesas*, y hasta *La Montañez*, juntando en la doncella Agueda de *De tal palo tal astilla*, todas las perfecciones del tipo completo de la mujer cristiana.

Examina con detenimiento el regionalismo de las obras de Pereda, que elogia, censurando de paso el separatismo que es, dice, el mayor enemigo de la idea regional.

Estudia la influencia de la lengua en la constitución de las nacionalidades. La lengua principal de cada nación,

la lengua dominante en un pueblo—añade—es fruto de las demás que coexisten en él: su origen, en cierto modo, es regionalista. Así se ha creado la lengua castellana, bien entendido que los tres elementos determinantes del predominio de un idioma en cualquier país son el genio literario y artístico, el espíritu diplomático y guerrero y la situación geográfica del pueblo en que se habla. Esto explica por qué la grandeza de las naciones coincide, generalmente, con el siglo de oro de su literatura. El siglo del poderío y de la grandeza española fue el xvi, justamente la época de esplendor de nuestras letras.

El Sr. Vásquez de Mella, haciendo gala una vez más de los vastísimos conocimientos que posee, se refirió, en comprobación de sus asertos, á la historia de todos los países de Europa, esmaltando el discurso de citas muy oportunas y apropiadas. Los párrafos en que cantó las glorias de Alemania fueron brillantísimos.

También fue muy aplaudido en la excursión realizada por el campo de la Filosofía española y en las consideraciones que hizo sobre teorías estéticas. ¡ Bien se conoce que no ha perdido el tiempo en estos años en que, voluntariamente, ha permanecido alejado de las luchas políticas!

Habló después del léxico de Pereda. Pereda—dijo—ha renovado el castellano, añadiéndole muchas palabras, enriqueciéndole con vocablos mil de la gente marinera y montañesa. ¡ Y ved, en cambio—exclamaba,—esos grandes periódicos, esos *malhechores de la pluma*, como dijo el Sr. Pidal, qué giros, qué voces, qué construcciones emplean tan poco castizas! ¡ Símbolo terrible de decadencia, de esa decadencia expresada con la desoladora frase de que tenemos que europeizarnos, esto es, renegar de nuestros mayores, romper nuestra historia y quebrar con cuanto ha formado el nombre de España!

El ideal del Arte debe ser el ideal del artista, y el del artista el del hombre perfecto. Jesucristo, en suma, el Hijo de Dios, ha de ser el ideal supremo de todas las artes.

Terminó elogiando los optimismos de Pereda y diciendo que ahora los necesita más que nunca nuestra Patria, dolorida y triste.

Calurosos aplausos fueron tributados al elocuente orador por su magnífico discurso.

El Sr. Menéndez y Pelayo dedicó á la memoria de Pereda la hermosa elegía en prosa que adelante hallarán nuestros lectores, y que produjo honda emoción en los que tuvieron la fortuna de escucharla de sus labios.

Por último, la Capilla Isidoriana, dirigida por el maestro Asensio, interpretó, con su habilidad proverbial, un canto elegíaco de Beethoven.

La solemne velada terminó á las ocho y media de la noche. A ella asistieron representantes de algunas Corporaciones científicas, literarias y artísticas de Madrid, los socios del Centro de Defensa Social, muchas y distinguidísimas damas de la alta sociedad é innumerables personas más, conocidas por sus sentimientos católicos, que, olvidando toda idea política, acudían al teatro español á rendir público homenaje de consideración y respeto al escritor insigne, honra de la Patria.

## DISCURSO DEL SR. MENENDEZ Y PELAYO

Señores:

Ni una palabra debiera yo añadir después de las elocuentísimas con que han celebrado la gloria de Pereda dos de los más grandes oradores de nuestra Patria. El maestro de la novela de costumbres, el cristiano ingenio que tanto bien hizo á las almas deleitándolas honestamente, el prototipo del realismo sano y vigoroso, el mayor paisajista de nuestra literatura antigua y moderna, el que dio voz inmortal al genio hasta entonces silencioso de los montes cántabros, y al mar que ruge tremendo á sus plantas; el revelador de tantas armonías ignotas de la naturaleza, de tantos aspectos de la vida desdeñados antes por familiares

y humildes, el genial prosista que ennobleció el habla popular de su tierra engarzándola en el áureo hilo de nuestra prosa clásica, ha recibido en esta casa solariega del arte español el más alto tributo de alabanza que sus contemporáneos pueden rendirle. La voz de la tradición española, que es la voz del genio de Pereda, no podía encontrar más dignos intérpretes. Tales panegíricos serán desde hoy comentario obligado de las novelas á que se refieren, y si es lícito adelantarnos al fallo de la posteridad, participarán de la vida gloriosa que sin duda está reservada á *Sotileza*, el poema de la mar, epopeya y epitafio de una raza de pescadores enaltecida por el heroísmo oscuro; á *Peñas arriba*, el poema de las alturas, donde se siente resonar el *excelsior* de las esperanzas inmortales.

Con verdadera emoción, señores, y con gratitud no menor he escuchado tan elocuentes oraciones, que si á todos os han arrebatado y conmovido, ¡ juzgad qué eco habrán despertado en mi alma, que viste luto por Pereda como por alguien tan íntimo y familiar, que con él me parece que se ha hundido en el sepulcro la parte mejor de mi vida y de los recuerdos de mi juventud! No puedo decir que fuera mi maestro, porque fueron muy diferentes nuestros estudios y ocupaciones; pero fue el primer hombre de letras á quien conocí, fue mi amigo y consejero más íntimo, fue el amigo entrañable, honrado y bueno de todos los de mi casa, y era, además, el patriarca de la región montañesa, la gloria mayor de la tierra donde nací y cuya nostalgia siento de un modo más enérgico é invencible á medida que los años pasan y las vanidades mundanas se disipan.

Perdonad que exprese estos afectos enteramente personales. Ellos son la razón de mi presencia aquí y de que me hayáis concedido el honor insigne de presidir esta sesión necrológica; honor que he aceptado aun reconociéndole inmerecido, porque yo no estoy aquí á título de orador (que no lo soy) ni de crítico (que acaso lo sea), sino en ca-

lidad de amigo y convecino de Pereda. Y en mi persona honráis á la ciudad de Santander, cuyo pendón municipal acompañó hasta la tumba los restos del glorioso escritor en fúnebre y triunfante despedida. Porque Pereda no era sólo el grande artista que tuvo la visión de la Montaña como nunca ojos humanos la habían tenido antes de él, sino una verdadera autoridad social, uno de aquellos ejemplares varones cuyo prestigio de honradez y buen consejo refluye sobre sus conciudadanos. Era como la robusta y secular encina, á cuya sombra podía congregarse un pueblo entero. Cuando el hacha de la muerte le hirió, se conmovieron hasta las raíces del árbol tradicional de nuestra vieja Cantabria, que antes desafiaba impávido los vientos y las tempestades, y hoy tiende lánguido y mustio su ramaje sobre la tumba de su cantor excelso.

En nombre del pueblo de Santander y en nombre, especialmente, de la familia de Pereda, doy las gracias á cuantos han concurrido al esplendor del presente homenaje.

(De *El Universo*, de Madrid)

## Santo Tomás de Aquino ante la ciencia moderna

(Conclusión)

### III

SÍNTESIS DEL UNIVERSO SEGÚN LA MENTE DE SANTO TOMÁS

De todo lo expuesto atrás se desprende la existencia en el mundo de un principio distinto de la materia: la *fuerza*. Las mismas razones que tenemos para estar ciertos de la existencia de la materia, esas mismas tenemos para estarlo de la existencia de la fuerza. El insigne Roberto Mayer se expresaba así, en una Junta de naturalistas alemanes habida en Inspruk en 1869: "El físico francés Adolfo Hirn,